



**Monasterio Cisterciense de Santa María de Huerta
(Formación de laicos)**

LA IGLESIA EN EL MUNDO

0. INTRODUCCIÓN

La “imagen” de una Iglesia influyente y poderosa en lo temporal no se ha borrado del recuerdo de mucha gente, para quienes la Iglesia no tiene otras aspiraciones que transformarse en “reino de este mundo”. Otros han pensado incluso que la Iglesia es un obstáculo para el desarrollo humano, científico, económico o social y califican a la religión y a la Iglesia de Cristo como “opio de los pueblos”. Incluso entre los cristianos, los hubo que eligieron la “la fuga mundi” y otros, en cambio, se encontraron tan a gusto en el mundo que se instalaron en él de forma totalmente acrítica.

Afortunadamente, en las últimas décadas la Iglesia ha hecho un gran esfuerzo por llenar ese vacío; y, de hecho, es posible que el fruto más logrado del Concilio Vaticano II sea precisamente la Gaudium et spes, Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual.

“Sirviente de la Humanidad”, así declaraba a la Iglesia el Papa Pablo VI; considerándola promotora no sólo de la cristianización, sino también de la humanización de la sociedad. Esta es la conciencia que la Iglesia tiene de su misión en el mundo.

Por eso este tema tiene como objetivo el profundizar en la verdadera misión de la Iglesia en medio del mundo.

1. LA MISIÓN DE LA IGLESIA, FUNDADA EN LA DE JESUCRISTO

La misión de Jesús se prolonga en la de sus propios enviados (esto significa la palabra “apóstol”). Han de predicar y curar (Lc 9,1s), que es la misión personal de Jesús. Son los obreros enviados a la siembra (Mt 9,38; cf. Jn 4,38); son los

servidores enviados a invitar al banquete nupcial del Hijo (Mt 22,3).

Estos enviados tendrán la misma suerte que el Maestro (Lc 10,16; Jn 13,20).

La misión de los apóstoles radica de forma estrecha en la de Jesús. “Como el Padre me ha enviado, así os envío yo a vosotros” (Jn 20,21). Por eso anuncia el Evangelio (Mc 16,15), hacen discípulos de todas las naciones (Mt 28,29) y llevan hasta el final de la tierra su testimonio (Hch 1,8).

Para llevar a cabo esta misión, los apóstoles realizan esta tarea gracias a la fuerza del Espíritu Santo “que el Padre enviará en mi nombre y os lo enseñará todo” (Jn 14,26; cf. 15,26; 16,7). En este contexto se sitúa Pentecostés como manifestación inicial de esta misión del Espíritu que durará todo el tiempo que permanezca la Iglesia (Hch 1,8).

La misión es, pues, una tarea que incumbe a toda la Iglesia en virtud de su carácter esencial, es decir, en tanto que es comunidad de salvación de Cristo, y en virtud de su lugar en la historia de la salvación, situada entre la Ascensión y la Parusía final. De ahí que la catolicidad sea una expresión de esta misión esencial y universal que le es propia. Por esta razón, toda situación del mundo que aparezca como un desafío a su catolicidad se convierte por sí misma en una llamada irresistible a la misión.

La misión de la Iglesia se ha realizado en la historia concreta, pero sin duda ha sido a partir del concilio Vaticano II cuando la Iglesia ha tomado conciencia más explícita de tal misión. De ahí la novedad e importancia decisiva de la constitución “Gaudium et spes” para una comprensión adecuada de la naturaleza de la Iglesia contemporánea.

2. “SACRAMENTO DE SALVACIÓN”

El Sínodo extraordinario sobre el concilio Vaticano II valoró así a la constitución pastoral Gaudium et spes: “La Iglesia como comunión es sacramento para la salvación del mundo. Por ello los poderes en la Iglesia han sido conferidos por Cristo para la salvación del mundo.

El servicio que la Iglesia presta a la humanidad consiste en hacer presente en medio de nosotros la obra redentora del Señor y comunicarnos su eficacia, que es liberación del pecado y desarrollo de una “vida nueva” como hijos de Dios. La Iglesia cumple, en primer lugar, esta tarea “ofreciendo a

los hombres el mensaje y la gracia de Cristo” (n° 5 del Decreto Apostolicam Actuositatem del V. II), para que por la fe y el bautismo se congreguen en esta comunidad de salvación, que es el Pueblo de Dios. Este es el aspecto primordial de la misión de la Iglesia; se trata de transformar a los hombres en “familia de Dios”, edificando en medio de nosotros la comunidad cristiana, comunidad de fe, de esperanza y de caridad en el nombre del Señor Jesús. Esta tarea es el núcleo específico de la obra de salvación que la Iglesia tiene que realizar en el mundo, y la lleva a cabo por medio de la predicación del Evangelio, por la celebración de los sacramentos y por el testimonio de los cristianos.

A) Salvación por la Palabra de Dios

“Id y predicad el Evangelio” (Mc 16,15) encomendó el Señor resucitado a sus apóstoles.

Es un Evangelio de salvación, pues da a conocer a Jesucristo (el misterio de su persona), invita a la conversión y manifiesta el querer del Padre para que vivamos transformados en hijos suyos.

Es fácil de entender la primacía que esta tarea tiene para la Iglesia, ya que sin proclamación del Evangelio, no hay propagación de la fe, sin fe no hay creyentes y sin creyentes es imposible que surja en medio de los hombres la comunidad cristiana (Cf. Rm 10,13-16).

A la Palabra de Dios corresponde la fe del hombre; por ella el creyente se abre a Dios y comienza a cambiar de vida, acogiendo sus mandatos y promesas. Por esto la fe es el “inicio de la salvación”. Y siendo la fe germen de salvación, la presencia de la Palabra de Dios, anunciada por la Iglesia, en medio de los hombres equivale a una presencia salvadora de la Iglesia en el mundo. Es preciso subrayar con fuerza esta enseñanza: la fe nace del mensaje y el mensaje consiste en hablar de Cristo. Cuando la predicación deja de tener a Cristo como centro, el mensaje se transforma en ideología humana.

No es extraño que allí donde no se evangeliza o se evangeliza poco y mal, se atenúe, o incluso llegue a desaparecer, la presencia salvadora de la Iglesia

B) Salvación por los sacramentos

Además de “predicad”, Cristo dijo: “bautizando...”; “a quienes les perdonéis los pecados...”; “haced esto en conmemoración mía”. Lo que se anuncia y promete, lo que se cree por la Palabra de Dios, se actualiza, se comunica y se celebra en los sacramentos.

Son los sacramentos los signos eclesiales por antonomasia de la gracia de la salvación por Cristo, que se hace presente y se da al creyente por la fuerza del Espíritu (Rm 15,18). GRACIA que es:

- *Participación en el ser de Cristo, en su actuar, vivir, sufrir, morir y resucitar (Rm 6,1-11; 2 P 1,4).*
- *Comunión con Dios a nivel de auténticas relaciones filiales (1 Cor 1,30; Rm 8,10; 1 Jn 2,23).*
- *Liberación del pecado y de la muerte (Ef 6,12; Hb 2,4).*

Como

Como la Iglesia, sus sacramentos solamente pueden ser entendidos desde una referencia explícita a Cristo, en cuanto a su institución y en cuanto a su operatividad. Cristo es quien por cada uno de los sacramentos obra nuestra liberación con distinta modalidad:

- *Por el Bautismo, como vida nueva de los hijos de Dios.*
- *Por la Confirmación, como fuerza del Espíritu que trasciende la energía del crecimiento humano.*
- *Por la Penitencia, como perdón y restauración de la gracia perdida.*
- *Por la Eucaristía, como comunión con Cristo, muerto y resucitado, y comunión con los hermanos.*
- *Por el Matrimonio, como superación de las limitaciones del amor conyugal y transformación de sus potencialidades.*
- *Por el Orden, como mediación ministerial al servicio del Pueblo de Dios.*
- *Por la Unción de los enfermos, como alivio esperanzador en la situación límite de sufrimiento y purificación definitiva de los pecados (LG 11).*

Por los sacramentos la eficacia universal de la Redención de Cristo se hace acontecimiento histórico, concreto, para cada uno de nosotros. Pero no comunican la gracia si no es contando con la fe de quien participa en su celebración. Esta fe expresada en los sacramentos es la fe de la Iglesia, en la

que se integra la fe personal de los fieles que los celebran; y la fe es adhesión a la Palabra de Dios. Esta Palabra de Dios, creída por los fieles, es la que se expresa por las palabras sacramentales, que son una “Palabra de fe”, es decir, solamente inteligible para el creyente.

C) Salvación por el testimonio de los fieles

Por este testimonio los discípulos de Cristo son “luz” para los hombres (cf. Mt 5,14-17).

Se trata de un “testimonio de fe”; por eso necesitan la fuerza del Espíritu Santo y con ella cuenta la Iglesia, según la promesa de Cristo (cf. Jn 15,26-27); así la vida de los fieles queda orientada a la gloria de Dios y a la salvación de los hombres (cf. 1 Cor 10,31-33).

La salvación que proclama la Palabra de Dios, la gracia transformadora de los sacramentos, sólo adquieren manifestación convincente en los hechos concretos de la comunidad cristiana. De aquí que el testimonio de vida sea la expresión natural y exigida a la autenticidad de creyente; así lo afirma el Concilio: “Todos los cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la Palabra el hombre nuevo de que se revistieron por el bautismo y la virtud del Espíritu Santo, por quien han sido fortalecidos con la confirmación, de tal forma que todos los demás, al contemplar sus buenas obras, glorifiquen al Padre y perciban con mayor plenitud el sentido genuino de la vida humana y el vínculo universal de la unión de los hombres” (AG 11, Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia).

El testimonio de fe que han de dar los cristianos se reduce a dos modalidades:

- *Un testimonio por la palabra.*
- *Un testimonio por la caridad.*

Para quienes hablan de Dios, el amor fraterno es la forma más eficaz de preparar los caminos del Evangelio y de manifestar la fe hacia la que han de ser atraídos quienes todavía no creen: “Por mis obras te mostraré la fe” (Sr 2,18).

El amor fraterno, como testimonio cristiano, que contribuye a acercar a los otros a Cristo, ha de revestir tres características complementarias:

- *Ha de ser universal: nadie puede ser excluido del amor fraterno en nombre de Cristo ni por razón de cultura, situación económica, motivos raciales o de religión. El amor fraterno en nombre de Cristo está particularmente abierto a los pobres y surge entre quienes están en actitud de acogida de los pobres.*
- *Ha de ser gratuita: la máxima perversión del amor fraterno en nombre de Cristo sería intentar conseguir de esta manera privilegios, riqueza, poderío. En el nombre de Cristo se ama al prójimo sólo con grandes posibilidades de encontrar la cruz, como el Maestro.*
- *Ha de ser eficaz: no se reduce a una expresión sentimental de benevolencia; implica múltiples formas de servicio eficaz para resolver los problemas y las necesidades del prójimo. Este servicio comprende todas las formas de colaboración y participación con otros en los esfuerzos por lograr una sociedad libre, más justa, más humana, según el designio de Dios. Al hablar de testimonio caritativo no hay que referirlo exclusivamente a la limosna o a la “obra de misericordia”; ni el prójimo es solamente el vecino. Hoy es necesario que los cristianos vivan la caridad como “caridad política”, en expresión de Pío XII, en la perspectiva de la proyección social de la caridad (“restauración cristiana del orden temporal” o “liberación sociopolítica” de la comunidad humana”).*

3. ACCIÓN LIBERADORA DE LA IGLESIA EN LA SOCIEDAD

La obra redentora de Cristo, que la Iglesia continúa en el mundo, no se orienta solamente a salvar “el alma” más allá de la muerte; es también liberación para el hombre integral, en esta historia, en esta tierra. Y el hombre integral vive en sociedad. De aquí que la Iglesia se proponga también como misión propia ser eficaz en el mundo, en el “orden temporal”, trabajando por la restauración cristiana de la sociedad.

La Iglesia reivindica y proclama de esta manera una responsabilidad propia que va más allá de los muros del templo; responsabilidad difícil de satisfacer en el mundo contemporáneo, tan intensa y complejamente agitado por los problemas de tipo social.

La “restauración cristiana del orden temporal es expresión de significado muy amplio y se refiere tanto a todas las realidades de este mundo como a toda la actividad humana en la sociedad: bienes de la tierra y de la familia, la cultura, la economía, las artes y las profesiones; las instituciones de la comunidad política, las relaciones internacionales y otras realidades semejantes, así como su evolución y progreso. Actuar e influir, según los principios cristianos, en todos estos sectores, es lo que en estos últimos tiempos se ha venido llamando acción liberadora de los cristianos. El Concilio Vaticano II diferencia con palabras precisas esta misión de la Iglesia de la otra tarea específica de edificar entre los hombres la comunidad cristiana: “Los laicos, que desempeñan parte activa en toda la vida de la Iglesia, no solamente están obligados a cristianizar el mundo, sino que además su vocación se extiende a ser testigos de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana” (GS 43). Podemos señalar algunos criterios básicos que deben orientar esta misión:

- *Orientación cristiana de la vida social*

Misión primordial de la Iglesia en el mundo es formar cristianamente las conciencias, para que la actividad del hombre en la sociedad responda a los designios de Dios.

Además de orientar ha de enjuiciar “el estado de cosas” a la luz de los principios cristianos `para ver si responden o no a las exigencias del Evangelio, exigencias de la dignidad de la persona y de la justicia; y si no corresponden, los cristianos deberán denunciar el desorden y la injusticia social hasta que se cumpla la voluntad de Dios. Esta es una de las modalidades más valiosas del ejercicio del don profético que ha sido comunicado a todo el Pueblo de Dios.

- *Acción eficaz*

Los cristianos han de actuar también eficazmente para lograr la instauración liberadora de estructuras sociales de libertad, justicia, fraternidad.

Al cumplimiento de esta misión responden, en primer lugar, las distintas formas sociales de la actividad caritativa de la Iglesia. Además el cumplimiento de esta misión implica una responsabilidad estricta de acción directa en el campo político y las diversas estructuras de la vida social. Esta es tarea específica de los seglares.

- *Respeto a la autonomía de la sociedad*

Por autonomía de la sociedad hay que entender su necesaria diferenciación de las realidades y de la misión confiada a la Iglesia, así como la independencia legítima de sus leyes de desenvolvimiento en conformidad con su propia naturaleza y finalidad, que también han sido establecidas por Dios: “Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador” (GS 36).

El respeto a esta autonomía exige que la Iglesia no se entrometa indebidamente en los asuntos del Estado ni en la organización de la sociedad, y menos que pretenda la conquista del poder político.

La Iglesia es en la sociedad un “grupo animador” de la bondad y de la justicia que, según los designios de Dios, han estar garantizadas en cualquier sistema o proyecto de los hombres. Esto no obsta para que cada uno de los creyentes, según sus legítimas convicciones y preferencias y siempre con fidelidad al Evangelio, hagan sus propias opciones en el campo de la política, de la economía o de la ciencia.

- *Colaboración con los hombres de buena voluntad*

El esfuerzo de la Iglesia no se contrapone, sino que se suma a los esfuerzos de estos hombres y los católicos comparten con ellos el afán y los proyectos para construir una ciudad secular más libre, más humanizada, más habitable para el hombre, de manera que todos contribuyan a realizar en el mundo el plan de Dios (cf. GS 42).

4. NO HAY DOS HISTORIAS

Después de lo dicho, se descubre fácilmente que la división de la historia en “historia sagrada” e “historia profana” se presta a un malentendido grave: creer que la historia de la salvación acontece al margen de la historia general de la humanidad.

En realidad sólo hay una historia. La historia de la salvación es la salvación en la historia, y se está dando desde el principio de la creación. Lo que comienza con Cristo no es la salvación, sino la revelación del plan de salvación, que llena todos los tiempos (cf. 2 Tim 1,9-10).

La vida y la historia poseen una dimensión invisible para los ojos de la cara, un misterioso “más allá interior”. El cristiano, frente al hombre, frente al mundo y frente a la historia, ve “más allá” que los demás hombres. Es un “vidente”.

Los cristianos son la porción de la humanidad conscientes de la salvación que en ella se opera. También los ateos que luchan por un mundo mejor empujan hacia delante la “causa de Jesús”, el Reino de Dios –quizás, incluso, más que muchos cristianos- pero sin saberlo.

5. CONCLUSIÓN

Toda obra de la Iglesia en el mundo se refiere, en último término, a la realización del Reino de Dios, que incoado en la tierra ha de manifestarse definitivamente en la consumación de los siglos.

La Iglesia trabaja por la edificación de la comunidad cristiana; pero reconoce que este empeño no es su fin último, pues sus instituciones y sus sacramentos, la misma comunidad, pasarán, como pasa la figura de este mundo. Su finalidad suprema es que la comunidad cristiana sirva en la tierra como germen del reino de Dios y que ella misma llegue a la posesión gloriosa de las bienaventuranzas del Padre.

Pero, no porque “todo pasa”, los cristianos pueden evadirse de sus responsabilidades en el Iglesia y en el mundo. Saben que su servicio a los hombres, como misión de la Iglesia, es ya en la tierra una manifestación germinal de la presencia de este Reino de Dios, cuya plena posesión más allá de la muerte esclarece todo el sentido de su vida y alienta lo mejor de sus esperanzas.

Propuesta de TRABAJO PARA EL TRIMESTRE

- *Os invito a ir leyendo poco a poco la Constitución Pastoral Gaudium et Spes, del Concilio Vaticano II, sobre la Iglesia y el Mundo actual.*
- *Lectura y reflexión personal de los apuntes dados en Huerta.*

- *Reflexiona sobre estas frases:*
 - *“Evasión”, “huida”:* estas son las palabras que emplea Platón para designar el ideal del alma que ha descubierto lo poco que vale el mundo.
 - *“Cuantas veces estuve entre los hombres, volví menos hombre”.*
 - *“¿De modo que sabéis interpretar el aspecto del cielo y no sois capaces de discernir los signos de los tiempos?” (Mt 16,2-3).*

- *Con frecuencia nos quejamos de la sociedad en que vivimos... pero con frecuencia también ocurre que no pasamos más allá de esas quejas. De donde resulta que, las más de las veces, nuestro inconformismo social es estéril y termina engendrando pesimismo y desaliento en nosotros mismos. De esa manera no sólo no cambiamos la sociedad, sino que además nos hacemos daño a nosotros. Por eso tenemos que pasar a la acción, es decir al compromiso real y concreto por transformas las estructuras de nuestra sociedad. Como Fraternidad podemos preguntarnos:*
 - *¿Cómo está siendo ya?*
 - *¿Cómo puede mejorarse?*
 - *¿Cuáles deben ser los límites?*

- *Poner en común en los grupos lo que me ha enriquecido el tema.*